

Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos

3

¿De quién somos testigos?

«¿De quién dice esto el profeta: de sí mismo o de otro?» (Hch 8, 34)

Hoy comenzamos la oración bendiciendo a Dios porque nos ha creado con amor y porque, como hace un cuidadoso alfarero con la vasija que está moldeando, nos ha colocado en el mundo, que también es obra suya, para que conservemos y acrecentemos su belleza:

Alfarero del hombre, mano trabajadora
que, de los hondos limos iniciales,
convocas a los pájaros a la primera aurora,
al pasto, los primeros animales.

De mañana te busco, hecho de luz concreta,
de espacio puro y tierra amanecida.
De mañana te encuentro, Vigor, Origen, Meta
de los sonoros ríos de la vida.

El árbol toma cuerpo, y el agua melodía;
tus manos son recientes en la rosa;
se espesa la abundancia del mundo a mediodía,
y estás de corazón en cada cosa.

No hay brisa, si no alientas, monte, si no estás dentro,
ni soledad en que no te hagas fuerte.
Todo es presencia y gracia. Vivir es este encuentro:
Tú, por la luz, el hombre, por la muerte.

¡Que se acabe el pecado! ¡Mira, que es desdecirte
dejar tanta hermosura en tanta guerra!
Que el hombre no te obligue, Señor, a arrepentirte
de haberle dado un día las llaves de la tierra. Amén.

Todos los días abrimos los ojos a la luz de la mañana sin sorprendernos de que brille de nuevo el sol e inunde la tierra con su luz. Nos parece algo normal. Pero, si nos quedáramos en silencio unos minutos contemplando que se nos regala un nuevo día, nos asombraríamos ante el milagro de que el sol asome y de que iniciemos una nueva jornada llena de proyectos, de obligaciones, de gozos y puede que de sinsabores. ¡Es la vida! Sin ella, estaríamos muertos y no seríamos lo que somos.

Hay una canción que ayuda a valorar la experiencia de ver renacer cada día la luz y, al mismo tiempo, nos invita a ir más allá: a recordar que somos “hijos del día”, del radiante día de la Resurrección de Jesús. Esta canción nos anima a ponernos en camino “hacia el Señor de la mañana”. Mientras la escuchamos, en esta tercera semana de Cuaresma, damos gracias al Padre Dios por la vida que cada día se renueva y por la fe que tenemos en Jesús, su Hijo, que alumbra nuestra esperanza.

¡Nacidos de la luz!, ¡hijos del día!
Vamos hacia el Señor de la mañana;
su claridad disipa nuestras sombras
y llena el corazón de regocijo.

Que nuestro Dios, el Padre de la gloria,
limpie la oscuridad de nuestros ojos
y nos revela, al fin, cuál es la herencia
que nos legó en el Hijo Primogénito.

¡Honor y gloria a Dios, Padre celeste,
por medio de su Hijo Jesucristo
y el don de toda luz, el Santo Espíritu,
que vive por los siglos de los siglos! Amén.

*(escuchar en Youtube la canción “Nacidos de la luz”
en la versión de Juan Antonio Espinosa)*

Por el camino de Jerusalén a Gaza

Después de la lapidación del diácono Esteban, el primer mártir cristiano, los discípulos que estaban en Jerusalén tuvieron que dispersarse; aquel contratiempo fue la oportunidad que el Espíritu Santo aprovechó para difundir la noticia de Jesucristo por todas partes. Otro diácono llamado Felipe bajó a Samaría y su predicación tuvo un éxito tan notable que los apóstoles Pedro y Juan se desplazaron hasta Samaría para confirmar la fe de los nuevos cristianos. Cuando los apóstoles regresaron a Jerusalén, el Espíritu Santo impulsó a Felipe hacia el camino que va de Jerusalén a Gaza. El camino estaba desierto y, de pronto, apareció el carruaje de un personaje singular: el intendente del tesoro de la reina de Etiopía, que volvía de Jerusalén. Había ido a adorar a Yahvé, pues era prosélito de la Ley de Moisés, y regresaba leyendo al profeta Isaías, lo que da a entender que era un hombre interesado por la religión.

Al pasar junto a Felipe, éste oyó que leía al profeta Isaías; Felipe tomó la iniciativa y le preguntó: “¿Entiendes lo que estás leyendo?” El buen etíope reconoció que necesitaba ayuda para saber a quién se refería el profeta cuando dice: «*Como cordero fue llevado al matadero y no abre la boca. En su humillación no se le hizo justicia*». Invitó a Felipe a sentarse junto a él y se dispuso a escuchar sus explicaciones.

Felipe aceptó la invitación y se despachó a gusto. A partir de aquel pasaje del profeta Isaías, le anunció que él conocía a un tal Jesús de Nazaret, en el que se habían cumplido los anuncios hechos por los Profetas. Él mismo y los cristianos de Jerusalén eran testigos de todo lo ocurrido con este Jesús; eran testigos de su muerte injusta e ignominiosa, pero también de su resurrección. Le dijo que ahora Jesús está sentado a la diestra de Dios y vendrá de nuevo con gloria, y añadió que una nueva vida se abre para cuantos creen en él. Hizo una catequesis del misterio de Cristo tan completa que, llegados a un lugar donde había agua, el etíope pidió ser bautizado en el nombre del Señor Jesús y continuó su camino lleno de alegría.

Con este episodio comprendemos mejor la hondura de la canción con la que hemos comenzado la oración de este día: las palabras de Felipe sirvieron para “disipar las sombras” que pesaban sobre el ánimo del etíope y llenaron “su corazón de regocijo”, porque vio con claridad “cuál es la herencia que nos legó en el Hijo Primogénito”.

(En este momento podría escucharse de nuevo la canción

“Nacidos de la luz / hijos del día”).

Poner nombre a lo que bulle en el corazón

¿Qué hizo Felipe con aquel etíope? Según nos lo cuenta el libro de los Hechos de los Apóstoles (*Hch* 8, 26-40), puso claridad en las brumas que empañaban la visión de aquel buen hombre que leía a Isaías sin llegar a comprenderlo. El etíope era una persona religiosa, deseosa de conocer y servir a Dios, como da a entender el que hubiera emprendido un largo viaje para ir a adorar al Señor en Jerusalén, pero él solo no era capaz de poner nombre a lo que se abría paso en su ánimo. Necesitaba un creyente que lo guiase.

También hoy encontramos junto a nosotros personas buenas para con Dios y justas para aquellos con los que viven y trabajan, personas deseosas de hacer el bien y de que este mundo sea un lugar habitable para todos, pero no saben o no se atreven a poner nombre a lo que bulle en su corazón y, sobre todo, no logran identificar sus expectativas con el reinado de Dios que Jesús anunció en su predicación por Palestina. Y tampoco dan crédito a los mensajes que difunde la Iglesia.

Estas personas necesitan un creyente que, como Felipe, sepa situarse junto a ellas y, con tacto y prudencia, les haga las preguntas oportunas para disipar su desconfianza; necesitan alguien que tenga la paciencia y la humildad de guiarles, paso a paso, en el descubrimiento del misterio de Jesucristo; alguien que “limpie la oscuridad” que empaña sus ojos y “disipe las sombras”, facilitando que la persona de Jesucristo aparezca con todo su atractivo y esplendor. Una conversación amigable, la invitación a unas charlas de formación, una lectura sugerente, que un creyente les ofrezca, pueden ser como el gesto de Felipe caminando junto al carruaje del etíope, esperando el momento oportuno para responder a la demanda que llevan en su corazón.

¿A quién anunciamos?

Evidentemente, hemos de anunciar a Jesús de Nazaret, a Dios, su Padre y nuestro Padre, que hace salir el sol todos los días sobre nosotros, y al Espíritu Santo, manantial de agua fresca, que reconforta en los duelos y es brisa en las horas de fuego.

Pero no son suficientes los largos y complejos discursos o enseñanzas para que el otro descubra el misterio de Dios; primero hace falta que haya podido compartir con el testigo una experiencia de vida en esos espacios íntimos y cordiales de la existencia humana. La transmisión de esta experiencia sólo puede hacerse desde la compenetración cordial que proporciona una amistad sincera, desde esa capacidad de comprender, de consolar y de compadecer al otro, que ahora se dice empatía, pero que no es otra cosa que un ejercicio de amor y de amistad sincera.

Además de la amistad sincera entre unos y otros, hay otro camino especialmente valioso para descubrir a Jesucristo: la experiencia de vida y de cariño que los padres y los abuelos transmiten con naturalidad a sus hijos y nietos. Éste es el camino real para llegar a su corazón. Los padres y los abuelos son los que, con más credibilidad, pueden decir a sus hijos y nietos que Dios es Padre y que pueden llamarle “¡papá!” con la misma confianza con la que los niños se reclaman a su padre o a su madre. Los padres y los abuelos son los que pueden descubrirles con las mejores garantías a Jesucristo como hermano, Señor y salvador, porque les transmiten estas convicciones desde el amor con el que los cuidan y alimentan cada día. Con la ayuda del Espíritu Santo, serán capaces de descubrirles ese “plus” o “más allá” al que la existencia humana tiende como meta suprema.

El primer anuncio de Jesucristo reclama que los niños y los jóvenes, conforme van enfrentándose con las nuevas etapas de su vida, recorran un camino que los lleve a apreciar la persona de Jesús y a conocerlo mejor. A lo largo de este camino se provoca y renueva el encuentro personal con Jesucristo progresivamente, mediante la Palabra, la oración, la participación en la Eucaristía y la vivencia de la caridad; es el camino de la catequesis y de los movimientos apostólicos, que ayudan a madurar la fe y a ser testigos de Jesús en el mundo durante los diferentes momentos del proceso evolutivo. Es necesario que los padres y los abuelos, después de haber propiciado el primer encuentro de sus hijos y nietos con Jesucristo, los animen a involucrarse en la catequesis y en los movimientos juveniles de la parroquia.

Y una última cosa para no construir la casa sobre arena: el testigo ha de ser consciente de que debe ser uno de esos “evangelizadores con Espíritu”, de los que habla el papa Francisco. El testigo sabe que Jesús camina con él, trabaja con él y está a su lado, y esta conciencia le lleva a pensar, sentir y actuar como Cristo. Por eso, el testigo debe cultivar su vida interior con la oración y la experiencia de que el Espíritu de Jesús le alienta en su propio vivir. Pues, «si la música del Evangelio deja de vibrar en nuestras entrañas, habremos perdido la alegría que brota de la compasión, la ternura que nace de la confianza, la capacidad de reconciliación que encuentra su fuente en sabernos siempre perdonados y enviados. Si la música del Evangelio deja de sonar en nuestras casas, en nuestras plazas, en los trabajos, en la política y en la economía, habremos apagado la melodía que nos desafiaba a luchar por la dignidad de todo hombre y mujer» (Papa Francisco, *Fratelli tutti*, 277).

Terminemos hoy la oración contemplando la persona de Jesús mientras escuchamos la siguiente canción:

Vengo aquí, mi Señor, a olvidar las prisas de mi vida,
ahora sólo importas Tú: dale tu paz a mi alma.

Vengo aquí, mi Señor,
a encontrarme con tu paz que me serena,
ahora sólo importas Tú: dale tu paz a mi alma.

(Escuchar en Youtube esta canción de Brotes de Olivo)

Y ante la imagen de Jesús crucificado, rezamos juntos esta plegaria:

Siendo Dios fuiste tan humilde, hombre Tú te hiciste,
traicionado y rechazado.
Siendo Dios tomaste mi lugar,
cargaste en tus hombros mis heridas y pecados.
Fue por mí, te entregaste para darme nueva vida y rescatarme.

Al contemplarte en la Cruz, al contemplar tanto amor
no puedo más que adorarte y mi vida entregarte.
Al contemplarte en la Cruz, al contemplar tanto amor
no puedo más que adorarte y mi vida entregarte, Jesús.

Para la reflexión personal y en grupo

- ◆ ¿Bendigo al Señor al levantarme por el don de la vida y por el nuevo día que me concede? ¿Le pido que me ayude a vivirlo cumpliendo sus deseos?
- ◆ ¿He ayudado a alguna persona a que caiga en la cuenta de que el bien que realiza y los valores y buenos sentimientos que manifiesta son reflejo de Jesús de Nazaret en su vida? ¿Cómo lo he hecho?
- ◆ ¿Explico a mis hijos y nietos que Dios es nuestro Padre y quién es Jesús? ¿Rezo con ellos? ¿Participo con ellos en la Eucaristía del domingo? ¿Les ayudo a llamar “Padre” a Dios y a descubrir su cariño hacia nosotros?